

acento, por su amenazadora actitud y por la agresión de sus miradas.

—Pero si hago carrera, no será teniendo por amo á una mujer.

Al sentirse herida en su dignidad, Eva dirigió á Cerizet una altiva mirada y subió á su habitación. Cuando David subió á comer, Eva le dijo:

—Amigo mío, ¿estás seguro de ese pillastre de Cerizet?

—¿Cerizet?—respondió David.—Es mi aprendiz, yo le he formado, yo le impuse en su oficio y me debe todo lo que es. Preguntarme á mí eso, es como decirle á un padre si está seguro de su hijo.

Eva comunicó á su marido que Cerizet corregía pruebas por cuenta de los Cointet.

—El pobre muchacho tiene que vivir—respondió David con la humildad del amo que se siente culpable.

—Pero, amigo mío, mira la diferencia que existe entre Kolb y Cerizet. Kolb anda veinte leguas diarias, gasta tres ó cuatro reales, nos trae siete, ocho y á veces nueve francos de venta, y no me pide nunca más que su franco de jornal. Kolb se cortaría las manos antes que tocar una prensa de los Cointet, y no miraría una cosa de las que tú tiras en el patio aunque le ofreciesen mil escudos, mientras que Cerizet las recoge y las examina.

Las almas grandes difícilmente llegan á creer en el mal y en la ingratitud, y necesitan rudas lecciones antes de conocer la extensión de la corrupción humana, y, por otra parte, cuando llegan á conocerla, emplean una indulgencia que es el último grado del desprecio.

—¡Bah! pura curiosidad del pilluelo de París—exclamó David.

—Pues bien, amigo mío, hazme el favor de bajar al taller, examina lo que ha hecho tu dependiente en un mes, y dime si no debía tener acabado ya el *Almanaque*.

Después de comer, David reconoció que el *Almanaque* debía haber sido compuesto en ocho días, y al saber que los Cointet preparaban uno semejante, acudió en auxilio de su mujer: hizo interrumpir á Kolb la venta de las hojas, lo dirigió todo en su taller, compuso él mismo para que Kolb pudiese tirar con Marión, y por su parte tiró una forma con Cerizet, vigilando las impresiones en tinta de diversos colores. Cada color exige una impresión separada, y, por lo

tanto, cuatro tintas diferentes necesitan cuatro golpes de prensa. Impreso cuatro veces en lugar de una, el *Almanaque de los pastores* resultaba tan caro, que sólo se fabricó en los talleres de provincias, donde la mano de obra y los intereses del capital invertido en la imprenta son casi nulos; de manera que, por basto que sea este producto, no pueden hacerlo las imprentas que producen hermosas obras. Desde la retirada del anciano Sechard, aquella fué la primera vez que se vieron rodar á un tiempo dos prensas en el antiguo taller. Aunque el *Almanaque* fuese en su género una obra maestra, Eva se vió obligada á darlo baratísimo, pues los hermanos Cointet dieron el suyo á tres céntimos á los vendedores. La pobre mujer cubrió gastos y ganó algo con las ventas hechas directamente por Kolb; pero la especulación no fué lo que habría sido. Al ver que era objeto de desconfianza por parte de su hermosa patrona, Cerizet se hizo adversario de ella en su fuero interno, y se dijo:

—Ya que sospechas de mí, me vengaré.

El pilluelo de París es de este modo. Cerizet aceptó, pues, de los señores Cointet hermanos emolumentos excesivos evidentemente por la corrección de las pruebas que iba á buscar á su oficina todas las noches y que les llevaba todas las mañanas. Hablando cada vez más con ellos, el pilluelo se familiarizó, acabó por ver la posibilidad de librarse del servicio militar, y lejos de tener que corromperle, los Cointet oyeron de su boca las primeras palabras relativas al espionaje y á la explotación del secreto que buscaba David. Inquieto al ver que no podía contar con Cerizet y en la imposibilidad de encontrar otro Kolb, Eva resolvió despedir á su único compositor, en quien su penetración de mujer amante le hizo ver un traidor. Pero como esto era la muerte de la imprenta, antes tomó una viril resolución: rogó por carta al señor Metivier, corresponsal de David Sechard, de los Cointet y de casi todos los fabricantes de papel del departamento, que pudiese en el *Diario de la librería*, de París, el siguiente anuncio: «Se cede una imprenta en plena actividad, material y privilegio, situada en Angulema. Para condiciones, dirigirse al señor Metivier, calle de Serpente». Después de haber leído el número del periódico que llevaba este anuncio, los hermanos Cointet se dijeron:

—Esta mujercita no carece de talento, y ya es tiempo de que nos hagamos dueños de su imprenta dándole con qué

vivir, porque si no, podríamos encontrar un adversario en el sucesor de David, y nos interesa mucho tener siempre á la vista ese taller.

Movidos por este pensamiento, los hermanos Cointet fueron á hablar á David Sechard. Eva, que fué la que recibió á los dos hermanos, sintió gran alegría al ver el rápido efecto de su astucia, pues aquéllos no le ocultaron sus deseos de proponerle al señor Sechard que hiciese impresiones por su cuenta. Según ellos, estaban atareadísimos, sus prensas no podían dar abasto á sus trabajos, habían pedido obreros á Burdeos, y se comprometían á ocupar las tres prensas de David.

—Señores—dijo la joven á los dos hermanos Cointet, mientras que Cerizet iba á anunciar á David la visita de sus colegas,—mi marido ha conocido en casa de los señores Didot excelentes obreros probos y activos, y sin duda escogerá entre ellos á quien le suceda... ¿No vale más vender el establecimiento por veinte mil francos, que nos darán mil de renta, que no perder mil francos anuales además del trabajo? ¿Por qué habernos interrumpido nuestra pobre especulación con el almanaque?

—Señora, ¿por qué no nos lo advirtió usted? De habérnoslo advertido, no lo hubiéramos hecho—dijo graciosamente el hermano que recibía el nombre del gran Cointet.

—Vaya, vaya, señores, ustedes empezaron su almanaque después de haber sabido por Cerizet que yo estaba haciendo el mío.

Mientras decía estas palabras con viveza, Eva miró al titulado gran Cointet, y le hizo bajar los ojos, adquiriendo así la prueba de la traición de Cerizet.

Aquel Cointet, director de la fábrica de papel y de los negocios, era comerciante mucho más hábil que su hermano Juan, el cual dirigía, por lo demás, la imprenta con gran inteligencia, si bien su capacidad sólo podía compararse á la de un coronel, mientras que Bonifacio era un general al que Juan dejaba el mando en jefe. Bonifacio, hombre seco, de cara amarilla como un cirio y plagada de manchas rojas, y cuyos ojos tenían cierta semejanza con los de los gatos, no se sulfuraba nunca, escuchaba con la calma de un devoto las más grandes injurias, respondía á ellas con cariñosa voz, iba á misa, confesaba y comulgaba, y bajo sus maneras melosas y su exterior suave, ocultaba la tenacidad y la ambi-

ción del sacerdote y la avidez del comerciante devorado por la sed de riquezas y de honores. Desde el año 1820, el gran Cointet quería todo lo que la burguesía acabó por obtener en la revolución de 1830. Lleno de odio contra la aristocracia é indiferente en materia de religión, era piadoso como Napoleón fué montañés. Su espina dorsal se encorvaba con maravillosa flexibilidad ante la nobleza y el gobierno, para los cuales resultaba humilde y complaciente. En una palabra, para describir á este hombre con un rasgo cuyo valor será bien apreciado por las gentes acostumbradas á tratar de negocios, basta saber que llevaba anteojos con vidrios azules para ocultar su mirada, bajo pretexto de preservar su vista de la brillante reverberación de la luz en una villa en que la tierra y las construcciones son blancas y en que lo intenso de la claridad se aumenta por la gran elevación del sol. Aunque fuese únicamente de mediana estatura, parecía alto á causa de su extremada delgadez, que anunciaba en él una naturaleza agobiada de trabajo y un pensamiento en continua fermentación. Su fisonomía jesuítica estaba completada por una cabellera lacia, gris, larga, cortada al estilo de los eclesiásticos, y por su traje, que hacía siete años que se componía de pantalón negro, medias negras, chaleco negro y una levita de paño color marrón. Le llamaban el gran Cointet para distinguirlo de su hermano, al cual llamaban Cointet el gordo, expresando así el contraste que existía, tanto en la estatura como en las capacidades de los dos hermanos, que eran, por lo demás, igualmente temibles. En efecto, Juan Cointet, muchachote de cara flamenca, bruniada por el sol de Angulema, pequeño, panzudo como Sancho, con la sonrisa en los labios y de espaldas robustas, producía sorprendente oposición con su hermano mayor. Juan, no solamente difería de su hermano en la fisonomía y en la inteligencia, sino que profesaba opiniones casi liberales, era *centro izquierda*, no iba á misa más que los domingos y se entendía á las mil maravillas con los comerciantes liberales. Algunos maliciosos del Houmeau pretendían que esta divergencia de opiniones era una astucia de los dos hermanos. El gran Cointet explotaba con habilidad la aparente candidez de su hermano, y se servía de él como de una maza. Juan se encargaba de las frases duras, de las ejecuciones que estaban en oposición con el carácter manso de su hermano. Juan tenía á su cargo el de-

partamento de la cólera, se sulfuraba y hacía proposiciones inaceptables que contribuían á que las de su hermano pareciesen más cariñosas, llegando ambos de este modo, tarde ó temprano, á lograr sus fines.

Con ese tacto propio de las mujeres, Eva no tardó en adivinar á los dos hermanos; así es que se puso en guardia al verse ante tan peligrosos adversarios. David, puesto al corriente por su mujer, escuchó con aire profundamente distraído las proposiciones de sus enemigos, y acabó por decirles, saliendo del despacho para irse á su pequeño laboratorio:

—Entiéndanse ustedes con mi mujer, que está más al corriente de la imprenta que yo mismo. Yo me ocupo de un negocio que será más lucrativo que este pobre establecimiento, y por medio del cual repararé las pérdidas que haya tenido con ustedes.

—¿Y cómo se arreglará usted?—dijo riéndose Cointet el gordo.

Eva miró á su marido para recomendarle prudencia.

—Ustedes y todos los que consumen papel, serán tributarios míos—dijo David.

—Pues, ¿qué busca usted?—le preguntó Benito Bonifacio Cointet.

Cuando Bonifacio hubo hecho esta pregunta con tono cariñoso é insinuante, Eva miró de nuevo á su marido para indicarle que no respondiese nada ó que respondiese algo que fuese nada.

—Trato de fabricar papel á un precio cincuenta por ciento más barato que se fabrica hoy.

Y dicho esto, se fué, sin ver la mirada que se dirigieron los dos hermanos, por medio de la cual parecían decirse:

—Este hombre tenía que ser un inventor, porque, de lo contrario, no permanecería ocioso.

--Explotémoslo—decía Bonifacio.

--¿Cómo?—contestaba Juan.

—David obra con ustedes como conmigo—dijo la señora Sechard.—Cuando yo curioseó, él sin duda desconfía de mi nombre, y me contesta con esa frase, que no es, después de todo, más que un programa.

—Pues si su marido puede realizar ese programa, seguramente que hará fortuna con más rapidez que con la imprenta, y ya no me asombra el ver que abandona su esta-

blecimiento—repuso Bonifacio volviéndose hacia el taller donde Kolb, sentado en un tablero, frotaba un pedazo de pan con una cabeza de ajo;—pero, de todos modos, á nosotros no nos convendría ver esta imprenta en manos de un competidor activo y ambicioso, y tal vez podríamos llegar á entendernos. Por ejemplo, si usted consintiese en alquilar por cierta suma el material á uno de nuestros obreros, que trabajaría para nosotros en el nombre de ustedes, como se hace en París, nosotros daríamos trabajo bastante á ese muchacho para que pudiese pagar un buen alquiler y realizase beneficios.

—Eso depende de la suma—respondió Eva.—¿Cuánto piensan ustedes dar?—añadió mirando á Bonifacio de una manera que le hiciese ver que comprendía perfectamente su plan.

—¿Cuáles son sus pretensiones?—replicó vivamente Juan Cointet.

—Tres mil francos por seis meses—contestó la joven.

—¡Eh! señora mía, no olvide usted que hablaba de vender la imprenta por veinte mil francos, y que los intereses de veinte mil francos, al seis por ciento, son mil doscientos francos—replicó cariñosamente Bonifacio.

Eva quedó desconcertada por un momento, y empezó á comprender toda la discreción que exigen los negocios.

—Se servirán ustedes de nuestras prensas y de nuestros caracteres, con los cuales yo les he probado que aun sabía hacer algunos negocios, y no olviden que nosotros tenemos que pagar alquileres al señor Sechard padre, el cual se muestra con nosotros poco piadoso.

Después de una lucha de dos horas, Eva obtuvo dos mil francos por seis meses, á condición de pagar mil adelantados. Cuando todo quedó convenido, los dos hermanos le comunicaron que tenían la intención de arrendar á Cerizet los utensilios de la imprenta. Al oír esto, Eva no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¿No vale más tomarle á él, que conoce ya el taller?—dijo Cointet el gordo.

Eva saludó á los dos hermanos sin responder, y se prometió vigilar por sí misma á Cerizet.

—Vaya, ya se han hecho dueños del campo nuestros enemigos—dijo David riendo á su mujer, cuando ésta le presentó á firmar las actas en el momento de comer.

—¡Bah!—dijo ella—yo respondo de la fidelidad de Kolb y de Marión, y espero que entre los dos lo vigilarán todo. Por otra parte, nosotros sacamos así cuatro mil francos de renta de un mobiliario industrial cuyo sostenimiento nos costaba dinero, mientras que ahora te queda un año por delante para realizar tus esperanzas.

—Tú tenías que ser la mujer de un inventor, como me dijiste á la orilla del río—dijo Sechard estrechando con ternura la mano de su mujer.

Si el matrimonio David tuvo una suma suficiente para pasar el invierno, en cambio se encontró bajo la vigilancia de Cerizet, y, sin saberlo, bajo la dependencia del gran Cointet.

—¡Son nuestros!—dijo, al salir, el director de la fábrica de papel á su hermano el impresor.—Esas pobres gentes se van á acostumbrar á recibir el alquiler de su imprenta, contarán con él, y se empeñarán. Dentro de seis meses, nosotros nos negaremos á renovar el arriendo, y entonces veremos lo que ese hombre de genio lleva en el buche; pues le propondremos sacarle de apuros asociándonos á él para explotar su descubrimiento.

Si algún astuto comerciante hubiese podido ver al gran Cointet pronunciando las palabras *asociándonos á él*, hubiese comprendido que el peligro del matrimonio es aún mayor en el tribunal del comercio que en la vicaría. ¡Podían David y su mujer, ayudados por Kolb y por Marión, resistir á las astucias de un Bonifacio Cointet?

Cuando llegó la época del parto de la señora Sechard, la letra de quinientos francos enviada por Luciano, unida al segundo pago de Cerizet, permitió sufragar todos los gastos. Eva, su madre y David, que se creían olvidados por Luciano, tuvieron entonces una alegría igual á las que les procuraban los primeros éxitos del poeta, cuyo estreno en el periodismo fué más comentado aún en Angulema que en París.

Confiado en la engañosa situación de su cuñado, David vaciló sobre sus piernás al recibir esta carta cruel:

«Mi querido David: He negociado, en casa de Metivier, tres letras firmadas por ti á mi orden, á uno, dos y tres meses plazo. Entre esta negociación y mi suicidio, he optado por este horrible recurso que, sin duda, te ha de causar

gran extorsión. Ya te explicaré las necesidades en que me encuentro, y procuraré enviarte fondos para el vencimiento de las letras.

»Quema esta carta y no le digas nada á mi hermana y á mi madre, pues te confieso que he contado con tu heroísmo que tan bien conoce tu desesperado hermano,

»LUCIANO DE RUBEMPRÉ.»

—Tu pobre hermano está en un horrible apuro, y le he enviado tres letras de mil francos, á uno, dos y tres meses plazo; toma nota de ellas—dijo David á su mujer, que acababa de salir del parto.

Y acto continuo, se fué á los campos, á fin de evitar las explicaciones que Eva iba á pedirle; pero comentando con su madre aquella frase llena de amargura, Eva, muy inquieta ya ante el silencio que guardaba su hermano hacía seis meses, tuvo tan malos presentimientos que, para disiparlos, resolvió dar uno de esos pasos que aconseja á veces la desesperación. El señor de Rastignac hijo había ido á pasar algunos días con su familia, y había hablado de Luciano en términos bastante tristes para que las noticias de París, comentadas por todas las bocas, hubiesen llegado á oídos de la madre y de la hermana del periodista. Eva se fué á casa de la señora de Rastignac, y solicitó el favor de una entrevista con su hijo, al que comunicó sus temores, rogándole que le explicase la verdadera situación de Luciano en París. En un momento, Eva supo las relaciones de su hermano con Coralía, su duelo con Miguel Chrestien, á causa de su traición á de Arthez, y, finalmente, todas las circunstancias de la vida de Luciano, acibaradas por un ingenioso petimetre que supo dar á su odio y á su envidia las apariencias de la piedad, y la forma amistosa del patriotismo alarmado por el porvenir de un gran hombre y los colores de una admiración sincera por el talento de un hijo de Angulema, tan cruelmente comprometido. Habló después de las faltas que Luciano cometiera, que habían contribuido á que perdiese la protección de los personajes más elevados, y á que se hubiese rasgado una real orden que le confería las armas y el nombre de Rubempré, y terminó diciendo:

—Señora, si su hermano hubiese sido bien aconsejado,

estaría hoy en la senda de los honores y sería marido de la señora de Bargetón; pero ¿qué quiere usted? La dejó, la insultó, y ella con gran pena es hoy condesa del Chatelet, y digo con gran pena, porque yo sé que amaba á Luciano.

—¿Es posible?—exclamó la señora Sechard.

—Su hermano es un aguilucho que se dejó deslumbrar por los primeros rayos del lujo, de la gloria; y cuando un águila cae, ¿quién puede saber el fondo del precipicio en que se detendrá? La caída de un gran hombre está siempre en razón directa con la altura á que ha llegado.

Eva volvió asustada por esta última frase que le atravesó el corazón como una flecha. Herida en los lugares más sensibles de su alma, guardó el más profundo silencio; pero más de una lágrima rodó por las mejillas y por la frente del niño que amamantaba. Es tan difícil renunciar á las ilusiones que el espíritu de familia autoriza y que nacen con la vida, que Eva, desconfiando de Eugenio de Rastignac, quiso oír la voz de un verdadero amigo, y escribió una conmovedora carta á de Arthez, cuya dirección le había dado Luciano en la época en que éste estaba entusiasmado con el cenáculo. He aquí la respuesta que recibió:

«Señora: Me exige usted la verdad acerca de la vida que hace en París su señor hermano; desea saber cuál será su porvenir, y, para moverme á que le responda con franqueza, me repite lo que le ha dicho de él el señor de Rastignac, preguntándome si son ciertos tales hechos. Señora, en lo que á mí concierne, hay que rectificar, en favor de Luciano, las confidencias del señor de Rastignac. Su hermano sintió remordimientos, vino á enseñarme la crítica de mi libro, diciéndome que no podía resolverse á publicarlo á pesar del peligro en que podía colocar á una persona muy querida su desobediencia á su partido. ¡Ay de mí! señora, la labor de un escritor es concebir las pasiones, puesto que estriba su gloria en expresarlas; he comprendido, pues, que entre una querida y un amigo, éste debía ser sacrificado; he facilitado su crimen á su hermano, y corregí yo mismo aquel artículo *libelcida*, aprobándolo por completo. Me pregunta usted si Luciano ha conservado mi estimación y mi amistad, y á esto me es difícil responder. Su hermano está en una senda de perdición. En este momento, le compadezco aún; pero no tardaré en olvidarle voluntariamente, no tanto por lo

que ha hecho como por lo que tiene que hacer. Su Luciano es un hombre de poesía y no un poeta, sueña y no piensa, se agita y no crea. En fin, permítame usted que se lo diga, es una mujercilla que le gusta presumir; así es que Luciano sacrificará siempre al mejor amigo por el placer de mostrar su ingenio, y mañana firmaría gustoso un pacto con el demonio, si ese pacto le procurase algunos años de vida brillante y lujosa. ¡No ha hecho cosa peor que esto trocando su porvenir por las pasajeras delicias de su vida pública con una actriz? En este momento, la juventud, la belleza y la abnegación de esa mujer, pues es adorado por ella, le ocultan los peligros de su situación, que no es aceptada por el mundo á pesar de la gloria, del éxito y de la fortuna. Ahora bien, en cada nueva seducción, su hermano sólo verá, como hoy, los placeres de momento; pero tranquilícese usted, Luciano no llegará nunca hasta el crimen, porque le faltará valor; pero aceptaría un crimen ya hecho, tomando parte de sus productos sin correr sus peligros, lo cual parece horrible á todo el mundo, hasta á los facinerosos. El se despreciará á sí mismo, y se arrepentirá; pero á la necesidad siguiente, volverá á empezar; pues le falta la fuerza, y carece de voluntad contra los cebos de la voluptuosidad y la satisfacción de sus menores ambiciones. Perezoso como todos los hombres poéticos, se cree hábil escamoteando las dificultades en lugar de vencerlas. Tendrá valor á una hora, y á la otra será cobarde, sin que haya por eso que aprobarle su valor ni reprocharle su cobardía; pues Luciano es una arpa cuyas cuerdas se tienden ó se aflojan según las variaciones atmosféricas. Podrá hacer un libro hermoso en un momento de cólera ó de dicha, y no ser sensible al éxito, después de haberlo deseado vivamente. Desde los primeros días de su llegada á París, ha caído bajo la dependencia de un joven sin moralidad, pero cuya astucia y experiencia en medio de la vida literaria lo deslumbraron. Este prestidigitador sedujo por completo á Luciano, y le arrastró á una existencia indigna, pero, desgraciadamente para él, indulgada por los prestigios del amor. La admiración demasiado fácilmente concedida, es una prueba de debilidad: no se debe pagar con la misma moneda á un bailarín que á un poeta. Nosotros nos hemos ofendido al ver la preferencia concedida á la intriga y á la bribonería literaria sobre el valor y el honor de los que aconsejaban á Luciano que acep-

tase el combate en vez de hurtar el éxito, y que se arroja á la arena en lugar de convertirse en una de las trompetas de la orquesta. Señora, por una singular rareza, la sociedad se muestra excesivamente indulgente con los jóvenes de esta índole; los acaricia, los mimas, no exige nada de ellos, excusa todas sus faltas, les concede los beneficios de las naturalezas completas, y, finalmente, los constituye en sus niños mimados. Por el contrario, emplea una severidad sin límites con las naturalezas fuertes. Con esta conducta, la sociedad, que tal vez parece ser sumamente injusta, es acaso sublime: se divierte con los bufones sin pedirles más que el placer, y los olvida en seguida; mientras que, para doblar la rodilla ante la grandeza, le exige divinas magnificencias. A cada cosa, su ley: el eterno diamante no debe tener tacha, y la creación momentánea de la moda tiene derecho á ser ligera, extravagante é inconsistente. A pesar de sus errores, Luciano tal vez medrará, pues le bastará aprovecharse de un momento feliz ó dar con buenas compañías; pero si da con un mal ángel, llegará hasta el fondo del infierno. Es un brillante conjunto de hermosas cualidades bordadas sobre un fondo demasiado ligero; el tiempo se lleva las flores, y llega un día en que no queda más que la tela, la cual, si es mala, queda reducida á un andrajo. Mientras Luciano sea joven, agrada; pero á los treinta años, ¿en qué situación se encontrará? Tal es la pregunta que deben hacerse los que le quieren sinceramente. Si yo hubiese sido el único en pensar así de Luciano, acaso hubiese evitado el ocasionarle tanta pena hablándole con sinceridad; además, eludir por medio de futilidades las preguntas que usted me hace, me pareció indigno de usted, cuya carta es un grito de angustia, y de mí, á quien concede usted demasiada estimación; los amigos míos que han conocido á Luciano están unánimes en este juicio: he visto, pues, el cumplimiento de un deber en la manifestación de la verdad, por terrible que ésta sea. Se puede esperar todo de Luciano, tanto bueno como malo. Tal es nuestro pensamiento, en una palabra que resuma esta carta. Si los azares de su vida, bien miserable hoy, muy problemática, llevasen á ese poeta hacia usted, emplee toda su influencia en guardarle en el seno de la familia; pues hasta que su carácter haya adquirido firmeza, París será siempre peligroso para él. Les llamaba á usted y á su esposo sus ángeles guardia-

nes, y tal vez les ha olvidado; pero se acordará de ustedes en el momento en que, batido por la tempestad, no tenga más que su familia por asilo. Guárdele usted, pues, su corazón, señora, que bien lo necesitará.

»Reciba, señora, los sinceros homenajes de un hombre que conoce sus preciosas cualidades, y que respeta demasiado sus maternales inquietudes para no ofrecerle aquí sus respetos repitiéndose

»Suyo humilde servidor,

»DE ARTHEZ.»

Dos días después de haber leído esta respuesta, Eva se vió obligada á tomar una nodriza; su leche se agotaba. Después de haber hecho un dios de su hermano, le veía depravado por el ejercicio de sus más bellas cualidades; finalmente, para ella rodaba por el lodo. Esta noble criatura no sabía transigir con la probidad, con la delicadeza, con todas las religiones domésticas cultivadas en el seno de la familia, tan pura aún y tan radiante en el fondo de la provincia. David había tenido, pues, razón en sus previsiones. Cuando la pena, que hacía salir en su frente tan blanco tinte de plomo, fué confiada por Eva á su marido, en una de esas limpidas conversaciones en que dos cónyuges pueden decirse todo, David le dijo consoladoras palabras. Aunque tuviese lágrimas en los ojos al ver el hermoso pecho de su mujer agotado por el dolor, y á aquella madre en la desesperación por no poder cumplir su obra maternal, tranquilizó á su mujer dándole algunas esperanzas.

—Mira, hija mía, tu hermano ha pecado con la imaginación. ¡Es tan natural que un poeta quiera su vestido de púrpura y de azul! ¡corre con tanto apresuramiento á las fiestas! ¡Este pájaro se enamora del brillo, del lujo, con tan buena fe, que Dios le excusa allí donde la sociedad le condena!

—¡Pero nos mata!...—exclamó la pobre mujer.

—¡Nos mata hoy como nos ha salvado algunos meses antes enviándonos las primicias de sus ganancias!—respondió el pobre David, que tuvo el buen sentido de comprender que la desesperación de su mujer la conducía más allá del límite, y que volvería á querer bien pronto á Luciano.—Mercier decía en su *Cuadro de París*, hace unos cincuenta años, que la literatura, la poesía, las letras y las

ciencias, que las creaciones del cerebro no podían nunca alimentar á un hombre; y Luciano, en su calidad de poeta, no ha creído en la experiencia de cinco siglos. Las cosechas regadas con tinta no se hacen (cuando se hacen) más que diez ó doce años después de la siembra, y Luciano ha tomado la hierba por la gavilla. Al menos sabrá lo que es la vida. Después de haber sido juguete de una mujer, tenía que ser juguete del mundo y de falsas amistades. La experiencia que ha adquirido la ha pagado con creces, eso es todo. Nuestros antepasados decían: «Con tal que nuestro hijo vuelva con sus dos orejas y el honor salvo, todo va bien...»

—¡El honor!—exclamó Eva.—¡Ay de mí! ¡cuántas virtudes ha faltado Luciano!... ¡Escribir contra su conciencia! ¡Atacar á su mejor amigo!... ¡Aceptar dinero de una actriz!... ¡Mostrarse con ella! ¡Dejarnos desnudos!

—¡Oh! eso no es nada...—exclamó David, que se detuvo.

El secreto de la falsificación cometida por su hermano, iba á escapársele, y desgraciadamente Eva, al apercibirse de este movimiento, conservó vagos temores.

—¿Cómo nada?—respondió.—¿Y de dónde sacaremos los tres mil francos que tenemos que pagar?

—Primeramente—repuso David,—vamos á renovar el contrato de la explotación de nuestra imprenta con Cerizet. En seis meses, el quince por ciento que le conceden los Cointet sobre los trabajos hechos por ellos, le han producido seiscientos francos, y ha sabido ganar quinientos francos más con trabajos de la villa.

—Si los Cointet saben eso, acaso no quieran renovar el arriendo; tendrán miedo de él—dijo Eva,—porque Cerizet es un hombre peligroso.

—¡Eh! ¿qué me importa?—exclamó Sechard.—Dentro de algunos días seremos ricos. Una vez Luciano rico, ángel mío, no tendrá más que virtudes...

—¡Ah! David, amigo mío, amigo mío, ¡qué palabra acabas de dejar escapar! Próximo á la miseria, Luciano se verá sin fuerza contra el mal. Piensas de él lo mismo que el señor de Arthez. No hay superioridad sin fuerza, y Luciano es débil... ¿Qué es un ángel á quien no se tienta?...

—¡Eh! es una naturaleza que no es hermosa más que en su centro, en su esfera, en su cielo. Luciano no está hecho para luchar, yo le ahorraré la lucha. Mira, estoy cerca del

resultado para no iniciarte en los medios.—Sacó del bolsillo varias hojas de papel blanco del tamaño de un in-octavo, las agitó victoriosamente y las colocó en las rodillas de su esposa.—Una resma de este papel, forma marquilla mayor, no costará más de cinco francos—dijo haciéndole examinar las muestras á Eva, que dejó ver una sorpresa infantil.

—¿Y cómo has hecho estos ensayos?—le dijo ella.

—Con un viejo tamiz de crin que he quitado á Marión—respondió.

—¿Aún no estás satisfecho?—le preguntó ella.

—La cuestión no está en la fabricación, sino en el coste de la pasta. ¡Ay de mí! hija mía, yo no soy más que uno de los últimos entrados en esta vía difícil. La señora Massón trataba desde 1794 de convertir los papeles impresos en papel blanco, y lo logró, pero ¡qué precio! En Inglaterra, por el año 1800, el marqués de Salisbury intentaba, lo mismo que Seguin en Francia el año 1801, emplear la paja en la fabricación del papel. Nuestra caña común, el *arundo phragmitis*, ha servido para hacer las hojas de papel que tienes en tus manos. Pero voy á servirte de las ortigas y los cardos; pues para mantener la baratura de la primera materia, es preciso emplear substancias vegetales que puedan brotar en los pantanos y en los malos terrenos; las tendremos por nada. El secreto descansa por entero en una preparación que hay que dar á esos tallos. En este momento, mi procedimiento no es aún sencillo. Pues bien, á pesar de esta dificultad, estoy seguro de dar á la papelería francesa el privilegio de que goza hoy nuestra literatura, de hacer un monopolio para nuestro país, como los ingleses tienen el del hierro, el de la hulla ó de las baterías de cocina. Quiero ser el Jacquart de la fabricación de papel.

Eva se levantó movida por el entusiasmo y la admiración que le causaba la sencillez de David, abrió sus brazos y lo estrechó contra su corazón, inclinando la cabeza en su hombro.

—Me recompensas como si lo hubiese encontrado ya—le dijo él.

Por toda respuesta, Eva mostró su hermoso rostro completamente inundado de lágrimas, y permaneció un momento sin poder hablar.

—¡No abrazo al hombre de genio—le dijo,—sino al consolador! A una gloria caída me opones una gloria que se le-

vanta. A las penas que me causa el rebajamiento de mi hermano, me opones la grandeza del marido... Sí, serás grande como los Graindorge, los Rouvet, los Robais; como el persa que nos ha dado la granza, como todos esos hombres de que me has hablado, cuyos nombres permanecen oscuros, porque, perfeccionando una industria, han obrado el bien sin ostentación.

—¿Qué harán á estas horas?—decía Bonifacio.

El gran Cointet se paseaba por la plaza de Murier con Cerizet, examinando las sombras de la mujer y del marido, que se dibujaban en los visillos de muselina, pues hablaba todos los días, á las doce de la noche, con Cerizet, encargado de vigilar los menores pasos de su amo.

—Sin duda le enseña los papeles que ha fabricado esta mañana—respondió Cerizet.

—¿De qué substancias se ha servido?—preguntó el fabricante de papel.

—Es imposible adivinarlo—respondió Cerizet.—He hecho un agujero en el tejado, me he subido y le he visto trabajar toda la noche hirviendo la pasta en la caldera de cobre. En vano he examinado las materias arrinconadas. Lo único que he podido notar es que las primeras materias parecen montones de hilaza.

—No siga usted adelante—dijo Bonifacio Cointet con melosa voz á su espía,—porque el procedimiento sería improbo... La señora Sechard le propondrá á usted que renueve el arriendo de la imprenta, y usted, so pretexto de que quiere hacerse impresor, ofrézcale la mitad de lo que valen el privilegio y el material, y si consintiesen, venga á buscarme. En todo caso, dé usted largas al asunto, porque... están sin dinero.

—¡Sin un céntimo!—dijo Cerizet.

—¿Sin un céntimo?—repitió el gran Cointet.—Entonces son míos.

La casa Metivier y la casa Cointet hermanos unían la profesión de banqueros á su oficio de comisionistas de papel é impresores, título por el cual se guardaban bien de pagar patente. El fisco no ha encontrado aún el medio de deslindar los negocios comerciales hasta el punto de obligar á todos los que manejan subrepticamente la banca á tomar patente de banquero, la cual en París, por ejemplo, cuesta quinientos francos. Pero los hermanos Cointet y Metivier

no dejaban por eso de negociar algunos cientos de miles de francos cada trimestre con las plazas de París, Burdeos y Angulema. Ahora bien: aquella misma noche, la casa Cointet hermanos había recibido de París los tres mil francos de letras falsas fabricadas por Luciano, y el gran Cointet se había formado, con esta deuda, una formidable máquina dirigida, como se va á ver, contra el paciente y pobre inventor.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, Bonifacio Cointet se paseaba á lo largo del estanque que proveía de agua á su gran fábrica de papel, esperando á un joven de veintinueve años, llamado Pedro Petit-Claud, el cual hacía seis semanas que era procurador del tribunal de primera instancia de Angulema.

—¿Estaba usted en el colegio de Angulema al mismo tiempo que David Sechard?—dijo el gran Cointet como saludo al joven procurador, el cual se guardaba bien de faltar al llamamiento del rico fabricante.

—Sí, señor—respondió Petit-Claud, poniéndose al paso del gran Cointet.

—¿Ha reanudado usted su amistad con él?

—Desde su vuelta nos hemos encontrado dos veces á lo sumo, lo cual no tiene nada de particular, porque yo estaba en el estudio ó en la audiencia los días de trabajo, y el domingo y los días de fiesta tenía que estudiar para completar mi instrucción, pues lo espero todo de mí mismo.

El gran Cointet meneó la cabeza en señal de aprobación.

—Cuando David y yo nos volvimos á ver, me preguntó lo que era de mí, y yo le dije que, después de haber estudiado la carrera de derecho en Poitiers, era primer pasante de Olivet, y que esperaba un día ú otro adquirir un estudio. Yo conocía mucho más á Luciano Chardón, que se ha hecho llamar ahora Rubempré, el amante de la señora de Bargetón, á nuestro gran poeta, al cuñado de David Sechard.

—Entonces, puede usted ir ahora á anunciar á David su nombramiento y á ofrecerle sus servicios—dijo el gran Cointet.

—Eso no se hace—respondió el joven procurador.

—El no ha tenido nunca pleitos, no tiene procurador y puede usted ofrecérsele—respondió Cointet, examinando al amparo de sus gafas al pequeño procurador.

Hijo de un sastre del Houmeau y despreciado por sus



compañeros de colegio, Pedro Petit-Claud parecía tener en la sangre un tanto de hiel extravasada. Su cara ofrecía una de esas coloraciones de tintes sucios que acusan antiguas enfermedades, miseria, y casi siempre malos sentimientos. El estilo familiar de la conversación tiene á veces frases, con las cuales se puede descubrir á un muchacho con dos palabras; era áspero y quisquilloso. Su voz atiplada estaba en armonía con la acritud de su faz, con su aire raquítrico y con el color indeciso de sus ojos de pega. Según decía Napoleón, los ojos de pega son indicio de improbidad.

—Mirad á Fulano—decía el emperador á Las-Cases en Santa Elena, hablándole de un confidente á quien tuvo que despedir por malversación de fondos.—No sé cómo ha podido engañarme tanto tiempo; tiene ojos de pega.

Cuando el gran Cointet hubo examinado bien á aquel procuradorcito delgadocho, picado de viruelas, de cabellos ralos y cuya frente y cráneo se confundían, se dijo:

—Este es mi hombre.

En efecto, Petit Claud, harto de desprecios y devorado por un corrosivo deseo de medrar, había tenido la audacia de comprar, sin fortuna propia, el estudio de su amo por treinta mil francos, contando con un buen matrimonio para pagar su deuda, y, siguiendo la costumbre establecida, esperando á que su amo le hallase mujer, pues el predecesor tiene siempre interés en casar á su sucesor para cobrar antes la deuda. Petit-Claud contaba, además, consigo mismo, pues no carecía de cierta superioridad, rara en provincias, y que tenía por base su odio. A gran odio, grandes esfuerzos.

Existe una gran diferencia entre los procuradores de París y los de provincias, y el gran Cointet era demasiado hábil para no sacar provecho de las pequeñas pasiones á que obedecen estos procuradorcillos. En París, un procurador notable—y hay muchos—implica siempre un hombre que posee las cualidades que distinguen al diplomático: el número de los negocios, la grandeza de los intereses y la extensión de los asuntos que le confían, le dispensan de ver en el procedimiento un medio de hacer fortuna. Arma ofensiva ó defensiva, el procedimiento no es para él, como antaño, un objeto de lucro. Por el contrario, en provincias cultivan lo que se llama triquiñuela en los estudios de París, esa multitud de actitas que aumentan el importe de las costas y consumen papel timbrado. Estas bagatelas

ocupan al procurador de provincias, que ve costas donde el procurador de París no busca más que honorarios. Los honorarios son lo que el cliente debe á su procurador, además de las costas, según la conducta más ó menos hábil con que ha manejado el negocio. El fisco se lleva la mitad de las costas, mientras que los honorarios son todos para el procurador. ¡Digámoslo atrevidamente! Los honorarios pagados, rara vez están en armonía con los honorarios pedidos y debidos por los servicios que hace un buen procurador. Los procuradores, los médicos y los abogados de París, al igual que las cortesanas con sus amantes de ocasión, están muy prevenidos contra el agradecimiento de sus clientes. El cliente, antes del fallo y después del fallo, podría dar materia para dos admirables cuadros de género dignos de Meissonnier. Entre el procurador de París y el de provincias existe, además, otra diferencia. El procurador de París rara vez pleitea, y sólo toma la palabra de vez en cuando en los recursos urgentes; pero, en 1822, en la mayor parte de los departamentos, los procuradores eran abogados y defendían por sí mismos sus causas. De esta doble vida resulta un doble trabajo, que hace adquirir al procurador de provincias los vicios intelectuales del abogado, sin aliviarle por eso de las pesadas obligaciones del procurador. El procurador de provincias suele hacerse charlatán y pierde esa lucidez de juicio tan necesaria para los negocios. De esta suerte, convertido en dos, un hombre superior se ve á veces transformado en dos medianías. En París, como el procurador no habla ante el tribunal ni defiende con frecuencia el pro y el contra, puede conservar la rectitud de las ideas, y si dispone la balística del derecho, si escudriña en el arsenal de los medios que ofrecen las contradicciones de jurisprudencia, guarda su convicción acerca del asunto que quiere hacer triunfar. En definitiva: el pensamiento embriaga mucho menos que la palabra. A fuerza de hablar, un hombre acaba por creer en lo que dice; mientras que se puede obrar contra el pensamiento sin viciarlo, y hacer ganar un mal pleito sin sostener que sea bueno, como hacen con frecuencia los abogados. He aquí por qué un anciano procurador de París puede hacer mejor juez que un anciano abogado. Un procurador de provincias tiene, pues, muchas razones para no ser más que una medianía: siente pequeñas pasiones, maneja negocios insignificantes,